

el resto del fuego que habia servido para soldar las cadenas de Luigi.

» Luigi estaba sentado, con la cabeza reclinada sobre sus dos rodillas, y sumergido en un dolor tan profundo que me desperté, me levanté y fui hácia él sin que me oyese. Un sollozo que se escapó á mi pesar de mi pecho, le sacó de su abatimiento. Levantó la cabeza, y nos arrojamos el uno en los brazos del otro.

» Era la primera vez desde nuestro rapto que podíamos comunicarnos mutuamente nuestros pensamientos. Como yo, por mas que no hubiese reconocido precisamente á Cantarello, estaba convencido de que éramos sus víctimas; como á mí, le habian dado un veneno narcótico que le habia hecho perder todo conocimiento, y acababa de despertarse en el momento en que yo me habia despertado.

» El primer dia no quisimos comer; Luigi estaba sombrío y mudo: yo estaba sentada y lloraba cerca de él. Bien pronto, sin embargo, nuestro dolor se dulcificó con la satisfaccion de estar juntos. En fin, la necesidad se hizo sentir tan vivamente, que comimos, y luego tuvimos sueño. Continuaba la vida para nosotros, menos la libertad, menos la luz.

» Luigi tenia su reloj: durante nuestro viaje se habia parado á media noche ó á mediodía; lo echó á andar; no nos indicaba la hora verdadera, pero al menos daba una hora ficticia, con ayuda de la cual podíamos calcular el tiempo.

» Habíamos sido robados en la noche del martes al miércoles. Calculamos que nos habíamos despertado el

jueves por la mañana. Al cabo de veinte y cuatro horas hicimos una línea sobre la pared con carbon. Debía haber pasado un dia; estábamos en viernes. Veinte y cuatro horas despues echamos una segunda línea paralela; estábamos en sábado. Al cabo del mismo tiempo tiramos otra línea mas larga que las dos primeras; esta línea indicaba el domingo.

» Pasamos orando todo el santo dia del Señor.

» Ocho dias pasaron así. Al cabo de los ocho dias, oímos pasos que parecian venir por una larga galeria; aquellos pasos se aproximaron mas y mas; nuestra puerta se abrió. Un hombre envuelto en una gran capa apareció, llevando una linterna en la mano: era Cantarello.

» Tenia yo á Luigi en mis brazos, le sentí estremecerse de cólera. Cantarello se aproximó á nosotros, y sentí todos los músculos de Luigi sucesivamente contraerse y dilatarse. Comprendí que si Cantarello se acercaba al alcance de su cadena, saltaria sobre él como un tigre, y que habria allí una lucha mortal entre estos dos hombres. Me ocurrió entonces un pensamiento que yo hubiera creído imposible, y es, que podia todavía ser mas desgraciada de lo que era. Le grité, pues, que no se acercara. Comprendió la causa de mi temor; sin responderme, levantó su capa, y me hizo ver que estaba armado. Tenia dos pistolas en el cinto y una espada pendia de su costado.

» Dejó sobre la mesa nuevas provisiones; estas provisiones se componian como las primeras, de pan, carnes en cecina, vino, agua y aceite. El aceite, sobre todo,

nos era sumamente precioso; mantenía la luz de nuestra lámpara. Entonces conocí que la luz es una de las primeras necesidades de la vida.

» Cantarello salió y cerró la puerta sin que yo le hubiese dirigido otras palabras que las que habían tenido por objeto impedir que se aproximara á Luigi, y sin que él hubiese respondido de otro modo que por un gesto que indicaba que tenía armas. Entonces fué únicamente cuando, segura por su presencia de estar relevada de mi juramento, que no me ligaba sino mientras cumpliera la promesa que había hecho de alejarse de nosotros, conté todo á Luigi. Cuando concluí, Luigi exhaló un profundo suspiro.

— » He querido asegurarme de nuestro silencio, dijo. Estamos aquí para toda nuestra vida.

» Una carcajada afirmativa resonó detrás de la puerta. Cantarello se había detenido allí, había escuchado y oído todo. Comprendimos que no nos quedaba ya esperanza mas que en Dios, y en nosotros mismos.

» Comenzamos entonces á hacer una inspección mas detallada de nuestro calabozo. Es una especie de cueva de diez pasos de ancho, sobre doce de largo, sin otra entrada que la puerta. Tanteamos las paredes; por todos lados nos parecieron sólidas. Fui á la puerta y la examiné; era de encina y cerrada con doble vuelta de llave. Poca esperanza podía haber de fuga; por otra parte, Luigi estaba encadenado por medio del cuerpo y por un pié.

» Sin embargo, durante un año casi, la esperanza no nos abandonó del todo; durante un año pensamos en

todos los medios posibles de huir. Todas las semanas exactamente, Cantarello aparecía y nos llevaba nuestras provisiones semanales; cosa extraña, poco á poco nos habíamos acostumbrado á su visita, y sea resignación, sea necesidad de ser distraídos un instante en nuestra soledad, habíamos concluido por aguardar el momento en que debía venir con cierta impaciencia. Por otra parte, la esperanza, que jamás se acaba, nos hacía creer siempre que á la visita próxima tendría Cantarello piedad de nosotros. Pero el tiempo pasaba, Cantarello reaparecía con la misma figura sombría é impasible, y muy á menudo se alejaba sin decirnos una sola palabra. Continuábamos señalando los días sobre la pared.

» Así pasó el segundo año. Nuestra existencia había llegado á ser enteramente maquinal, permanecíamos horas enteras como anonadados, y semejantes á los animales no salíamos de aquel anonadamiento, sino cuando la necesidad de comer ó de beber nos sacaba del letargo. La única cosa que nos preocupaba seriamente es que nuestra lámpara no se apagase y nos dejase en la oscuridad, todo lo demás nos era indiferente.

» Un día, en lugar de dár cuerda á su reloj, lo estreñó Luigi contra la pared; desde aquel día cesamos de medir las horas, y el tiempo cesó de existir para nosotros; había caído en la eternidad.

» Sin embargo, como yo había observado que Cantarello venía regularmente cada ocho días, cada vez que venía hacía una señal en la pared, y esto reemplazaba, sobre poco mas ó menos, nuestro reloj; pero también

yo dejé aquel cálculo inútil, y cesé de señalar las visitas de nuestro carcelero.

» Pasó un tiempo indefinido: debieron ser muchos años. Me hallaba embarazada.

» Fué aquella una sensacion alegre y penosa á la vez. Llegar á ser madre en un calabozo, dar la vida á un ser humano, sin darle dia y luz, ver al hijo de las entrañas, á una criatura inocente que todavía no ha nacido, ¡ condenada al suplicio que os mata !

» Por nuestro hijo volvimos á Dios á quien habíamos casi olvidado. Le habíamos rogado tanto por nosotros, sin que nos respondiese, que habíamos concluido por creer que no nos oía; pero íbamos á rogarle por nuestro hijo y nos parecia que nuestra voz debía atravesar las entrañas de la tierra.

» Nada dije á Cantarello. Tenia miedo sin saber porqué de que aquella noticia le inspirase algun sombrío proyecto contra nosotros ó contra nuestro hijo. Un dia me halló sentada sobre mi lecho amamantando á la pobre criaturita.

» A su vista se estremeció y me pareció que su sombrío rostro se dulcificaba. Me arrojé á sus piés.

— » Promettedme que mi niño no esté sepultado para siempre en este calabozo, le dije, y os perdono.

» Vaciló un momento, despues pasándose la mano por la frente :

— » Os lo prometo, dijo.

» A la visita siguiente, me trajo todo lo necesario para vestir á mi niño.

» Sin embargo, yo iba desmejorándome visiblemente.

Un dia Cantarello me miró con una expresion de piedad, como no habia visto nunca en él.

— » Jamás, me dijo, tendreis resistencia para amamantar á este niño.

— » ¡ Ah ! respondi, teneis razon, conozco que me voy acabando. Es aire lo que me hace falta.

— » ¿ Quereis salir conmigo ?

» Me estremecí.

— » ¡ Salir ! ¿ y Luigi y mi niño ?

— » Permanecerán aquí, para responderme de vuestro silencio.

— » ¡ Jamás ! respondi, ¡ jamás !

» Cantarello tomó silenciosamente su linterna que habia dejado sobre la mesa, y salió.

» No sé cuántas horas permanecimos sin hablar Luigi y yo.

— » Has hecho mal, me dijo por fin Luigi.

— » ¿ Pero porqué salir ? respondi.

— » Hubieras visto dónde estamos, hubieras observado dónde te conducia. Hubieras podido hallar algun medio de revelar nuestra existencia y de reclamar para con nosotros la piedad de los hombres. Has hecho mal, te digo.

— » Está bien, le respondi ; si me habla todavía de ello, aceptaré.

» Volvimos á caer en nuestro habitual silencio.

» Pasaron los ocho dias. Volvió á aparecer Cantarello ; además de nuestras ordinarias provisiones llevaba un lio bastante voluminoso.

— » Ahí teneis un traje de hombre, dijo, cuando

UNIVERSIDAD DE CUERVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

esteis decidida á salir ponello, sabré lo que eso quiere decir y os llevaré.

» No respondí; pero á la visita siguiente, Cantarello me encontró vestida de hombre.

— » Venid, me dijo.

— » Un instante, exclamé. ¿ Me jurais que me volveréis á traer aquí ?

— » Dentro de una hora estareis de vuelta.

— » Os sigo.

» Cantarello marchó delante de mí, cerró la primera puerta y nos encontramos en una galería. En aquella galería habia una segunda puerta que abrió y volvió á cerrar, luego subimos diez ó doce escalones y nos encontramos delante de una tercera puerta.

» Cantarello se volvió hácia mí, sacó un pañuelo de su bolsillo y me vendó los ojos. Yo me dejé manejar como un niño, me conocia de tal modo en poder de aquel hombre que la mas insignificante observacion me parecia inútil.

» Cuando tuve los ojos vendados abrió la puerta, y me pareció que pasaba á otra atmósfera. Dimos cuarenta pasos sobre baldosas, algunas de las que resonaban como si encubriesen tumbas, y juzgué que estábamos en una iglesia. Luego Cantarello dejó mi mano y abrió otra puerta.

» Entonces calculé por la impresion del aire que habíamos salido por fin de la cueva y de la iglesia, y sin dar tiempo á Cantarello para que me descubriera los ojos, sin pensar en las consecuencias que podia tener mi impaciencia, ¡ arranqué el pañuelo !

» Caí de rodillas, ¡ tan bello me pareció el mundo ! Podian ser las cuatro de la madrugada, comenzaba á despuntar la aurora; poco á poco se borraban las estrellas del cielo y el sol aparecia detrás de una pequeña cadena de colinas; tenia delante de mí un horizonte inmenso: á mi izquierda ruinas, á mi derecha prados y un rio; delante de mí una ciudad, y detrás de esta ciudad el mar.

» Dí gracias á Dios por haberme permitido volver á ver todas aquellas cosas tan bellas, que á pesar del crepúsculo en que aparecian ante mí, no dejaban por eso de deslumbrarme hasta el punto de obligarme á cerrar los ojos, tanto se habia debilitado mi vista en mi calabozo. Durante mi oracion, Cantarello cerró la puerta. Como me habia figurado, era la de una iglesia. Por lo demás, esta iglesia me era completamente desconocida, é ignoraba enteramente dónde me encontraba.

» No importa, no olvidaba ningun detalle; y me era cosa sumamente fácil, porque todo aquel paisaje se reflejaba en mi alma como en un espejo.

» Aguardamos á que hubiera entrado el dia y en seguida nos encaminamos hácia una aldea. En el camino encontramos dos ó tres personas que saludaron á Cantarello como si le conocieran. Al llegar á la aldea entramos en la tercera casa, á la derecha. Habia alli en el fondo de un cuarto, y cerca de una cama, una anciana que hilaba; cerca de la ventana una jóven de mi edad, sobre poco mas ó menos, estaba ocupada en hacer media; un niño de dos á tres años se revolcaba por el suelo.

» Las mujeres parecían acostumbradas á ver á Cantarello ; por tanto observé que ni una sola vez le llamaron por su nombre. Mi presencia las admiró. A pesar de mis vestidos, la jóven reconoció mi sexo, y dió algunas bromas á media voz á mi conductor. Es un jóven seminarista, respondió con un tono severo ; un jóven seminarista, pariente mio, que se fastidia en el seminario, y que hago que salga de vez en cuando conmigo para distraerle.

» Por lo demás, yo debía parecer como embrutecida á los que me miraban. Mil ideas confusas se aglomeraban en mi imaginacion, preguntábame á mí misma, si no debía pedir socorro, auxilio, referir todo, acusar á Cantarello como ladron y asesino. Despues me contentaba, pensando que todo el mundo parecia conocerle y venerarle, mientras yo era desconocida ; se me tomaría por alguna loca escapada de la jaula, y no me harían caso ; ó de otro modo, Cantarello pudiera huir, volver á pasar por la iglesia y degollar á mi hijo y á mi marido. Lo habia dicho, mi hijo y mi marido respondían de mí. Por otra parte, ¿ dónde y cómo los encontraria yo ? la puerta por la cual habíamos entrado en la iglesia ¿ no podia estar tan secreta, tan bien oculta que fuese imposible descubrirla ? Resolví aguardar, consultar con Luigi y fijar sin precipitacion lo que debíamos hacer.

» Al cabo de un instante Cantarello se despidió de las dos mujeres, pasó su brazo bajo el mio, bajó por una callejuela á la orilla de un rio, siguió durante un cuarto de legua su curso, que nos aproximaba á la iglesia ;

luego por un rodeo me llevó bajo el pórtico, por el cual habia salido, me vendó los ojos y volvió á abrir la puerta, cerrándola detrás de nosotros. Conté de nuevo euarenta pasos. Entonces la segunda puerta se abrió ; senti la impresion fria y húmeda del subterráneo, y bajé los doce escalones de la escalera interior ; llegamos á la tercera puerta, luego á la cuarta ; rechinó á su vez sobre sus goznes. En fin, Cantarello me empujó, con los ojos aun vendados, dentro de la cueva y cerró la puerta detrás de mí. Arranqué vivamente la venda y me hallé frente de Luigi y de mi hijo.

» Quise referir al punto á Luigi todo lo que habia visto, pero llevando un dedo á la boca, me hizo señal de que Cantarello podia escuchar detrás de la puerta y oír lo que dijéramos. Fuí á sentarme en el colchon que me servia de lecho y dí el pecho á mi hijo.

» Luigi no se habia engañado : al cabo de una hora próximamente oímos pasos que se alejaban con suavidad. Cansado de nuestro silencio Cantarello sin duda, se habia decidido á marchar. Sin embargo, no nos creímos todavía en seguridad, á pesar de aquellas apariencias de soledad ; aguardamos algunas horas todavía ; despues, pasadas aquellas horas me aproximé á Luigi, y en voz baja le referí todo lo que habia visto, sin omitir detalle alguno, sin olvidar la mas mínima circunstancia.

» Luigi reflexionó un instante ; despues haciéndome á su vez algunas preguntas á las que respondía afirmativamente :

— » Sé en dónde estamos, dijo ; esas ruinas son las

del Epipoli, ese rio es el Anapus; esa ciudad es Siracusa; en fin, esta capilla es la del marqués de San Floridio.

— » ¡ Oh ! ¡ Dios mio ! exclamé yo recordando aquella antigua historia de un marqués de San Floridio que en tiempo de los Españoles habia pasado diez años en un subterráneo, subterráneo tan bien oculto, que sus mas encarnizados enemigos no habian podido descubrirle.

— » Si, es este, dijo Luigi comprendiendo mi pensamiento; si, estamos en la cueva del marqués Francesco, y tan bien ocultos á los ojos de los hombres como si estuviésemos ya en nuestra tumba.

» Comprendí entonces cuán feliz era en no haber cedido á aquel movimiento, que me impelia á pedir socorro.

— » ¡ Y bien ! me preguntó Luigi despues de un largo silencio. ¿ Has concebido alguna esperanza ? ¿ Has formado algun proyecto ?

— » Escucha, le dije, entre aquellas dos mujeres, una, la mas jóven, me miraba con interés; á ella es á la que seria preciso hacer saber quiénes somos, y dónde estamos.

— » ¿ Y cómo ?

» Fui á la mesa, y cogí dos pedazos de papel blanco en los que estaban envueltas algunas frutas.

— » Es preciso, dije á Luigi, apartar y ocultar todo el papel que en adelante podamos procurarnos; yo escribiré en él toda nuestra desgraciada historia, y un dia que yo salga, la deslizaré en la mano de la jóven.

— ¿ Pero y si á pesar de todo eso, no se halla la entrada de la cueva, si preso Cantarello se calla, y si callándose Cantarello, quedamos sepultados en la tumba ?

— » ¿ No es mejor morir, que vivir así ?

— » ¿ Y nuestro hijo ? dijo Luigi ?

» Arrojé un grito, y me precipité sobre mi hijo. ¡ Dios me perdone ! lo habia olvidado, y era su padre quien se habia acordado de él.

» Convenimos, sin embargo, en seguir el plan que yo habia propuesto; pero yo no debia olvidar nada de lo que podia guiar las pesquisas. Despues dejamos de nuevo pasar el tiempo; pero ya con mas impaciencia, porque por lejano que fuese, habia un vislumbre de esperanza en el horizonte.

» Sin embargo, por no despertar las sospechas de Cantarello, era preciso ocultar el deseo, por mas ardiente que fuese, que tenia de salir otra vez; por su parte, él parecia haber olvidado lo que habia ofrecido. Cuatro meses pasaron sin que yo abriese la boca sobre aquello; pero volví á caer en un marasmo tal, que viéndome un dia tendida sin movimiento y pálida como una muerta, me dijo el primero :

— » Si dentro de ocho dias quereis salir, estad preparada; os llevaré.

» Tuve bastante fuerza de voluntad para no dar á conocer la alegría que experimenté con aquella proposicion, y me contenté con hacerle señal con la cabeza de que obedeceria.

» Durante el tiempo que habia pasado, habiamos ido separando todo el papel que pudimos recoger, y

había ya bastante para escribir la historia detallada de todas nuestras desgracias.

» Llegado el día, Cantarello me encontró dispuesta. Como la primera vez, marchó delante de mí hasta la segunda puerta, y allí como en la primera salida, me vendó los ojos: luego todo pasó como entonces había pasado. A la puerta de la iglesia, me quité la venda.

» Salimos sobre poco mas ó menos á la misma hora que la primera vez; era el mismo espectáculo, y sin embargo, ¡cosa extraña! ya le encontré menos bello.

» Nos dirigimos á la aldea; entramos en la misma casa. Allí estaban también las dos mujeres, una hilando y otra haciendo calceta. Sobre una mesa había un tintero y plumas. Me apoyé en aquella mesa, y deslicé una pluma en mi bolsillo. Mientras tanto Cantarello hablaba en voz baja con la jóven. Sin duda, se trataba de mí, porque la jóven me miraba al hablar. Oí que le decía: — Parece que no se acostumbra al seminario vuestro jóven pariente, porque aun está mas pálido y mas triste que la primera vez que nos le habeis traído.

« En cuanto á la vieja, no decía una palabra, ni levantó la cabeza de su rueca; parecía idiota.

» Al cabo de unos diez minutos, Cantarello, como la primera vez, pasó su brazo bajo el mio, tomó el mismo camino, y bajó á orillas del riachuelo. Siguiendo aquel camino, dije á Cantarello que me alegraría tener también agujas ó hilo para hacer media, y me prometió que lo llevaría.

» Al volver hácia la capilla, observé que debíamos estar al fin del otoño; la siega estaba hecha así como las vendimias. Comprendí entonces porqué había estado Cantarello cuatro meses sin hablarme de salir. Aguardaba á que los labradores abandonasen el campo.

» A la puerta de la capilla, me vendó de nuevo los ojos. Volví á entrar conducida por él y sin hacer la menor resistencia. Conté de nuevo los cuarenta pasos, y nos detuvimos. Comprendí durante aquella pausa que Cantarello buscaba en su bolsillo la llave. Oí que registraba por la pared el agujero de la cerradura. Pensé que debía entonces tener vuelta la espalda. Levanté vivamente la venda, y la bajé al punto. No fué mas que un segundo; pero me bastó. Estábamos en la capilla á la izquierda del altar. La puerta debía estar entre las dos pilastras. Allí es donde precisamente habrá que buscar, buscar hasta que se encuentre, porque allí es donde precisa y positivamente está.

» Cantarello no vió nada. Las dos puertas se abrieron sucesivamente delante de nosotros, y cerrada la tercera detrás de mí, me encontré en nuestro calabozo.

» Luigi y yo observamos el mismo silencio que la primera vez, y hasta que calculé que era imposible estuviese ya allí Cantarello, no saqué la pluma de mi bolsillo y se la enseñé á Luigi. Me hizo señal de ocultarla, y la metí bajo el coleccion.

» Despues fui á sentarme cerca de él, y como la vez primera, le conté los menores detalles de mi salida. Era una preciosa circunstancia el descubrimiento que yo había hecho de la puerta secreta que daba á la iglesia,

y con las señas exactas que yo podía dar ahora, estaba cierta de que concluiría por descubrir la cerradura, y una vez descubierta, se llegaría hasta nosotros.

» Dejé pasar un día próximamente antes de probar á escribir; entonces tomé uno de los vasitos de estaño, desleí en agua un poco del hollín que había quedado en la pared desde el día en que se había hecho allí fuego, tomé mi pluma, la mojé en aquella mezcla, y ví con alegría que podía servirme de tintero.

» El mismo día, comencé á escribir, bajo la invocación de Dios y de la Madona, este manuscrito que contiene la relación exacta de nuestras desgraciadas aventuras, y la muy humilde y urgente plegaria á todo cristiano en cuyas manos cayera, de que venga lo mas pronto posible en nuestro socorro.

» En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea. »

Debajo de estas palabras había una cruz; después continuaba el manuscrito: pero la forma de la relación estaba cambiada; estaba en presente en lugar de estar en pasado. No eran ya recuerdos de diez, de ocho, de seis, de cuatro ó de dos años; eran apuntes diarios, impresiones momentáneas, puestas en el papel en el momento mismo en que acababan de ser experimentadas.

« Hoy Cantarello ha venido como de costumbre; además de las provisiones ordinarias, ha traído el hilo y las agujas de hacer media que me había prometido; el manuscrito y la pluma estaban ocultos, los dos vasitos estaban enjuagados y limpios sobre la mesa: de nada se ha apercibido. ¡ Oh Dios mio! protegédnos.

» Tres semanas han pasado y Cantarello no me habla de salir. ¿ Tendrá sospechas? Imposible. Hoy ha permanecido mas tiempo que de costumbre y me ha mirado de frente: me he sentido ruborizar, como si pudiese leer mi esperanza sobre mi frente: entonces tomé mi niño en mis brazos, y le he mecido cantando; tan turbada estaba.

— » ¡ Ah! cantais, ha dicho. ¿ No os encontrais, pues, tan mal aquí como yo creía?

— » Es la primera vez que esto me sucede desde que estoy aquí.

— » ¿ Sabeis cuánto tiempo hace que estais en este subterráneo? ha preguntado Cantarello.

— » No, he respondido; los dos ó tres primeros años conté los días; pero he visto que era inútil, y he cesado de tomarme ese cuidado.

— » Hace cerca de ocho años, dijo Cantarello.

» He exhalado un suspiro. Luigi ha dejado oír un rugido de cólera. Cantarello se ha vuelto, ha mirado á Luigi con desprecio, y se ha encogido de hombros; después, sin hablar de sacarme, se ha retirado.

» Así que hace ocho años que estamos encerrados en esta cueva. ¡ Oh Dios mio, Dios mio! Lo habeis oído de su propia boca: ¡ hace ocho años! ¿ Y qué hemos hecho para sufrir de este modo? Nada, bien lo sabeis, Dios mio.

» ¡ Santa Madona del Rosario, interceded por nosotros!

» ¡ Oh! Oídme, oíd, vos, cuyo nombre ignoro; vos, mi única esperanza; vos, que mujer como yo, madre

como yo, debéis tener piedad de mis sufrimientos ; escuchad, escuchad.

» Cantarello sale de aquí. Dos meses y medio han pasado sin que hablase de nada ; por fin hoy me ha ofrecido salir dentro de ocho días ; yo acepté. Dentro de ocho días vendrá á buscarme ; dentro de ocho días mi suerte estará en vuestras manos ; vuestras miradas, vuestras palabras, han indicado mirarme con interés. — Mi hermana en Jesucristo, ¿ no me abandonaréis ?

» Hallareis toda esta historia en vuestra casa despues de mi partida. ¡ Por mi salvacion eterna, por la tumba de mi madre, por la cabeza de mi hijo ! es la verdad pura, es lo que diré á Dios cuando me llame á sí, y á cada una de mis palabras el ángel que acompañará mi alma al pié de su trono dirá llorando de compasion : — Señor, es verdad !

» Escuchad, pues : así que encontréis este manuscrito, ireis á casa del juez, y le direis que á un cuarto de legua de su casa hay tres desgraciados que lloran sepultados hace ocho años : un marido, una esposa, un niño. Si Cantarello es vuestro pariente, vuestro allegado ó vuestro amigo, no digais al juez nada mas que esto, y ¡ por la Madona ! ¡ os juro que una vez fuera de aquí, ni una sola palabra de acusacion saldrá de mi boca ; os lo juro sobre esta cruz que yo trazo, y que Dios me castigue en mi hijo si falto á esta santa promesa !

» No le direis, pues, mas que esto : — Hay cerca de aquí tres criaturas humanas mas desgraciadas que jamás lo ha sido ninguna ; podemos salvarlas : coged bar-

ras y palancas : hay cuatro puertas, cuatro puertas maticas que derribar antes de llegar á ellos. Venid, yo sé dónde están, venid.

» Y si vacilase, caeréis á sus plantas, como yo caigo á las vuestras, y le suplicareis, como yo os suplico.

» Entonces vendrá, porque ¿ quién es el hombre, quién es el juez que rehusaria salvar á tres de sus semejantes, sobre todo cuando son inocentes ? Vendrá, marchareis delante de él, y le conducireis derecho á la iglesia.

» Abríreis la puerta, conducireis al juez á la capilla á la derecha, en la que encima del altar hay un San Sebastian todo atravesado de flechas ; cuando llegueis al altar, entendedlo bien, hay dos pilastras á la izquierda. La puerta debe estar practicada entre estas dos pilastras. Acaso no la vereis al principio, porque está admirablemente oculta, segun parece ; acaso dando en la pared, la pared no descubra abertura alguna, porque, enteraos bien, es la pared misma la que forma la entrada del subterráneo ; pero la entrada está allí, está segura de ello, no os dejes desanimar. Si se escapase al principio á vuestras pesquisas, encended una antorcha, aproximadla á la pared ; os digo que acabareis por hallar alguna cerradura imperceptible, y esa será. Llamad, llamad : acaso os oiremos, sabremos que estais ahí, y eso nos dará la esperanza del valor. Sabreis que estamos detrás aguardándoos, rogando por vos, sí, por vos, por el juez, por todos nuestros libertadores, quien quiera que ellos sean ; sí, yo rogaré por ellos todos los dias de mi vida, como ruego en este momento.

» ¿No es verdad que está bien claro todo lo que yo os digo? En la iglesia del marqués de San Floridio, capilla de la derecha, la de San Sebastian, entre las dos pilastras. ¡Oh Dios mio, Dios mio! De tal modo tiemblo al escribiros, libertadora mia, que no sé si podreis leerme.

» Quisiera saber cómo os llamis para repetir cien veces vuestro nombre en mis oraciones. Pero Dios que sabe todo, sabe tambien que es por vos por quien oro, y esto es todo lo que me hace falta.

» ¡Oh Dios mio! acaba de suceder lo que no habia sucedido desde que estamos acá. Cantarello ha venido dos dias seguidos. ¿Habia sido seguido? ¿Duda de algo? ¿Tiene alguno sospecha de nuestra existencia y procura descubrirnos? ¡Oh! ¡cualquiera que sea ese ser caritativo, ese ser humano, socorredle, Señor, id en su ayuda!

» Cantarello habia entrado en el momento en que menos lo esperábamos. Felizmente el papel estaba escondido. Ha entrado y ha mirado por todas partes, ha tocado en todas las paredes; luego, seguro de que todo estaba en el mismo estado:

— » He venido, ha dicho volviéndose hácia mí, porque se me habia olvidado deciros, me parece, que si quereis, saldreis á mi primera visita.

— » Os doy gracias, le respondí; me lo habeis dicho.

— » ¡Ah! ¿os lo he dicho? replicó Cantarello con un aire distraido, muy bien; entonces al volver me he tomado un trabajo inútil.

» Despues miró á su alrededor, tanteó la pared en dos

ó tres sitios, y salió. Diez minutos habrian pasado desde su partida, cuando se oye una detonacion como la de un pistoletazo ó de una escopeta. ¿Es una señal que se nos da y, como lo esperamos, vigilará alguno por nosotros?

» Hace cuatro ó cinco dias no ha pasado nada de nuevo; en lo que me puedo fiar en mi cálculo, mañana debe venir Cantarello por mí. Probablemente no añadiré nada á esta relacion de aquí á mañana, nada mas que una nueva súplica que os dirijo para que no nos abandoneis á nuestra desesperacion.

» ¡Oh alma caritativa! tened piedad de nosotros.

» ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¿qué es lo que ha pasado? ¿O me equivoco (y es imposible que me equivoque en dos dias) ó el dia en que Cantarello debia venir ha pasado, y Cantarello no ha venido. Calculo; por otra parte, por nuestras provisiones, que renovaba cada ocho dias; se han concluido y no viene. ¡Dios mio! ¿Estábamos, pues, reservados á alguna cosa peor que la que hasta el presente hemos sufrido? ¡Dios mio! No me atrevo á deciros lo que recelo: tanto temo que el eco de este abismo me responda, ¡si!

» ¡Oh, Dios mio! Estaríamos destinados á morir de hambre!

» El tiempo se pasa, el tiempo pasa y no viene, y ningun ruido se oye. ¡Dios mio! Consentimos en permanecer aquí eternamente, en no volver á ver jamás la luz del sol. Pero él habia prometido que saldria mi hijo, mi pobre hijo.

» ¿Dónde está ese hombre que veia yo siempre con

espanto, y á quien ahora aguardo como á un Dios salvador? ¿Está enfermo? Señor, volvedle la salud. ¿Ha muerto sin haber tenido tiempo de confiar á nadie el horrible secreto de nuestra tumba? ¡Oh, mi hijo! ¡Pobre hijo mio!

» Felizmente tiene mi leche y sufre menos que nosotros; pero sin alimento mi leche se va á agotar; no nos queda ya mas que un solo pedazo de pan, uno solo: Luigi dice que no tiene hambre y me lo da. ¡Oh, Dios mio! Sed testigo de que lo tomo por mi hijo, por mi hijo á quien daría mi sangre cuando no tuviera ya leche.

» ¡Oh! alguna cosa peor, alguna cosa mas horrible todavía.

» El aceite ha concluido, nuestra lámpara va á apagarse; la oscuridad de la tumba precederá á la muerte; nuestra lámpara era la luz, era la vida; la oscuridad será la muerte, mas, el dolor.

» ¡Oh! ahora, puesto que no hay ya esperanza para nuestro cuerpo, quien quiera que sea que bajeis á este espantoso abismo, rogad... ¡Dios! La lámpara se apaga... ¡rogad por nuestras almas!

El manuscrito terminaba aquí; las últimas cuatro palabras estaban escritas en otra direccion que las líneas precedentes, debian haber sido trazadas en la oscuridad. Lo que habia pasado despues nadie sino Dios lo sabia, pero la agonía debia haber sido horrible.

El pedazo de pan abandonado por Luigi habia debido prolongar la vida de Teresa cerca de dos dias, porque el médico reconoció que habia habido de treinta y cinco

á cuarenta horas de intervalo entre la muerte del marido y la de la mujer.

Aquella prolongacion de la vida de la madre habia prolongado la vida del hijo; de ahí resultaba que de las tres desgraciadas criaturas solo la mas débil habia sobrevivido.

La lectura del manuscrito se habia hecho en la cueva misma que habia presenciado la agonía de Teresa y de Luigi: no dejaba duda alguna ni oscuridad sobre todos los sucesos que habian pasado; y cuando don Fernando añadió á él su declaración, todo fué claro é inteligible á los ojos de la multitud.

A su vuelta á la aldea don Fernando encontró mejor ya al niño; envió al punto un mensajero á Feminamorto para informarse de lo que habia sido del primer hijo de Luigi y de Teresa, y supo que continuaba con las buenas gentes á quienes habia sido confiado; por lo demás, su pension habia sido exactamente pagada por una mano desconocida, sin duda por Cantarello. Don Fernando declaró que en el porvenir su familia se encargaria de la suerte de los dos desgraciados huérfanos, así como de los gastos funerarios de Luigi y de Teresa, para la que fundó un aniversario perpetuo.

Despues, cuando hubo pensado en la vida de los unos y en la muerte de los otros, creyó don Fernando que podia ocuparse un poco de su felicidad; volvió á Siracusa con el juez, el médico y Peppino, y mientras estos tres últimos referian al marqués de San Floridio todo lo que habia pasado en la capilla de Belvedere, don Fernando llamaba á su madre aparte y la referia

todo lo que habia pasado en el convento de las Ursulinas de Catania. La buena marquesa levantó las manos al cielo y dijo llorando, que era la mano de Dios la que habia conducido todò aquello, y seria incomodar al Señor ir contra su voluntad. Como es fácil suponer, don Fernando se guardó muy bien de contradecirla.

Así que supo que el marqués estaba solo, la marquesa le envió á pedir una audiencia; el momento era á propósito, el marqués se paseaba á lo largo y á lo ancho de su cuarto, repitiendo que su hijo se habia conducido á la vez con el valor de Aquiles y la prudencia de Ulises. La marquesa le hizo ver cuánto le desagradaria que una raza que prometia esparcir, gracias á aquel jóven héroe, un nuevo brillo, se detuviese en él y se extinguiese con él. El marqués preguntó á su mujer la explicacion de estas palabras, y la marquesa declaró llorando que don Fernando, en quien los sucesos acaecidos desde hacia un mes, habian provocado una vocacion piadosa inesperada, estaba decidido á hacerse monje. El marqués de San Floridio experimentó tal dolor al saber aquella determinacion, que la marquesa se apresuró á añadir que habria un medio de parar el golpe, y era concederle por mujer la jóven condesa de Terra Nova, que estaba próxima á pronunciar sus votos en el convento de las Ursulinas de Catania, y de quien don Fernando estaba enamorado como un loco. El marqués declaró en el mismo instante que la cosa le parecia á la vez, no solo sumamente fácil, sino aun muy arreglada, siendo el conde de Terra Nova uno de sus mejores amigos, y además uno de los mas grandes hombres de

la Sicilia. Por tanto, hicieron ir á don Fernando, que, así como su madre lo habia previsto, consintió con aquella condicion en no hacerse benedictino. El marqués dejó caer, rascándose la oreja, algunas palabras de duda sobre la dote de Carmela, cuya dote, si sus recuerdos no le engañaban, debia ser menos que mediana, habiendo quedado la familia de Terra Nova casi arruinada durante las turbaciones sucesivas de la Sicilia. Pero sobre este punto, don Fernando interrumpió á su padre diciéndole, que Carmela tenia un pariente desconocido que le hacia don de 60,000 ducados. En un país en donde el derecho de mayorazgo existia, era muy linda pension para una hija, y sobre todo para una hija que tenia un hermano mayor; así que el marqués no hizo objecion alguna, y como era uno de esos hombres á quienes no gusta se eternicen los negocios, mandó enganchar los caballos á la litera, y se fué en el mismo dia á casa del conde de Terra Nova.

El conde amaba mucho á su hija; la habia puesto en el convento solo por no verse obligado á desmembrar en su favor el patrimonio de su hijo, que estando destinado á sostener el nombre y el honor de la familia, necesitaba para conseguirlo de todo lo que la familia poseia. Declaró, pues, que por su parte no veia ningun impedimento á que aquel matrimonio se verificara, como no fuera que Carmela no podia tener dote; pero á esto respondió el marqués sonriendo, que era cosa que le correspondia. Tenida la sesion, se dieron su palabra mutuamente aquellos dos hombres, que no sabian lo que era faltar á su palabra.

El marqués volvió á Siracusa. Don Fernando le esperaba con impaciencia, de que es fácil formarse una idea, y mientras le esperaba, y por no perder tiempo habia hecho ensillar su mejor caballo. Al saber que todo estaba arreglado segun sus deseos, abrazó al marqués, abrazó á la marquesa, bajó las escaleras como un loco, saltó sobre su caballo y se lanzó al galope por el camino de Catania. Sus padres le vieron desde el balcon desparecer en un torbellino de polvo.

— ¡Desgraciado hijo! exclamó la marquesa, se va á estrellar.

— No hay peligro, respondió el marqués; mi hijo monta á caballo como Belerofonte.

Cuatro horas despues, don Fernando estaba en Catania. No hay para que decir, que la superiora estuvo para desmayarse de sorpresa y Carmela de alegría.

Tres semanas despues eran desposados los jóvenes en la catedral de Siracusa, no habiendo querido don Fernando que la ceremonia se verificase en la capilla de los marqueses de San Floridio por temor de que la sangre que habia visto coagulada sobre las baldosas no le trajese la desgracia.

Levantóse el ladrillo marcado con una cruz que estaba al pié de la cama de Cantarello y se encontraron allí los 60,000 ducados.

Era la dote que don Fernando habia reconocido á su mujer.

UN TIBURON.

Habíamos visto en Siracusa todo lo que Siracusa podia efrecernos de curioso, no nos quedaba ya que hacer allí sino la provision obligada de vino; nos consagramos toda la tarde á esta importante adquisicion; en la misma noche, hicimos llevar nuestras pipas al Speronare, á donde las seguimos inmediatamente despues de haber abrazado á nuestro sabio y amable cicerone, que al separarse de nosotros nos dió cartas para Palermo.

Hallamos, como siempre, alegre la tripulacion, dispuesta y preparada á la partida; ninguno habia allí, hasta nuestro cocinero, que no hubiese empleado aquellos dos dias de descanso para reponerse; nos aguardaba sobre el puente dispuesto á hacernos la cena, porque el pobre diablo, preciso es decirlo, estaba lleno de buena voluntad, y siempre que podia sostenerse en sus piernas se aprovechaba de aquel momento para correr á sus marmitas. Desgraciadamente habíamos comido con Gargallo, lo que nos dejaba en la imposibilidad de aprovecharnos de su buena disposicion con respecto á nosotros. A nuestra negativa volvió sus ojos hácia Milord,